

LA FÁBULA DE LA TORTUGA Y EL ÁGUILA

*Alexa Itzel Mejía Sánchez
Colegio México de Orizaba. Secundaria*

En una pradera llena de flores y árboles, vivían muchos animales que, aunque compartían el mismo espacio, rara vez se detenían a conocerse. La tortuga, una anciana de caparazón pesado, caminaba lentamente por la pradera todos los días, buscando hierbas y frutas para alimentarse. A lo largo de los años, se había acostumbrado a su rutina solitaria, pues pensaba que era demasiado lenta para interactuar con los demás.

Un día, mientras la tortuga descansaba bajo la sombra de un árbol, vio pasar a un águila majestuosa que volaba alto, sus alas extendidas como las de un rey. El águila bajó y aterrizó en una roca cercana, donde miró fijamente a la tortuga.

"¿Cómo es que pasas todos los días sola en esta pradera, tortuga?" preguntó el águila con voz profunda. "No te has movido mucho, ni parece que intentes conectar con otros. ¿No te duele el estar sola?"

La tortuga, mirando al águila, respiró profundamente y respondió: "No es que no quiera conectar, Águila, sino que mi naturaleza es diferente. Soy lenta, pesada, y mi caparazón me limita. La vida me ha enseñado a seguir mi propio ritmo, sin esperar mucho de los demás."

El águila, observando su tristeza, se posó junto a ella y dijo: "Te entiendo, pero en mi vuelo, he aprendido que la verdadera fortaleza no está solo en la rapidez o el poder físico. He tenido que atravesar cielos tormentosos, y no lo hago solo por mi habilidad de volar alto, sino por mi capacidad de conectar con el viento, con la tierra que me sostiene, y con los demás seres que habitan el cielo."

La tortuga, confundida, respondió: "Pero ¿cómo puedo conectarme con otros si todo lo que tengo es mi lentitud y mi solitaria caminata?"

El águila sonrió, extendió sus alas y explicó: "Todo ser en la naturaleza tiene su propósito. En los cielos, yo vuelo alto, pero si nunca me detuviera a observar, jamás entendería lo que sucede en el suelo. Los animales pequeños, las plantas, los insectos... todos ellos cumplen un rol vital en la vida. Y tú, tortuga, aunque camines despacio, ofreces estabilidad. Tu paciencia, tu fortaleza silenciosa, es lo que muchos necesitan. La clave está en reconocer tu valor, sin importar cuán diferente sea tu ritmo."

La tortuga pensó en las palabras del águila y se dio cuenta de algo que nunca antes había comprendido. Si bien era lenta, su presencia era fundamental en el ecosistema del bosque. Su andar pausado permitía que las pequeñas criaturas en el suelo pudieran caminar sin ser atropelladas, y su caparazón brindaba refugio a insectos y pequeños animales.

Durante los días que siguieron, la tortuga comenzó a observar a los otros animales de manera diferente. Ya no se sintió triste por su lentitud ni por su aparente aislamiento. Entendió que, aunque no pudiera correr ni volar como los demás, tenía una conexión profunda con la vida a su alrededor. Ella era una parte esencial de ese ecosistema, y su fortaleza residía en su capacidad para ofrecer estabilidad y refugio a quienes la necesitaban.

Un día, mientras caminaba lentamente hacia su lugar habitual, vio al águila posada en un árbol cercano. La tortuga levantó la cabeza y, con una sonrisa, le dijo: "Gracias, Águila, por enseñarme que la sanación y la conexión no dependen de ser rápidos o fuertes. Cada uno tiene su papel en el mundo, y la clave está en aceptarlo."

El águila la miró con respeto y respondió: "Sabía que entenderías, tortuga. Todos tenemos algo que ofrecer. Y a veces, el mayor acto de sanación es simplemente estar presente y conectado con lo que somos."

MORALEJA

La sanación y la conexión no dependen de la rapidez ni de la fuerza, sino de aceptar quiénes somos y reconocer nuestro papel en el mundo. Cada ser tiene un valor único, y la verdadera fortaleza radica en comprender que, aunque nuestras formas de vivir sean distintas, todos estamos entrelazados en el gran tejido de la vida.